
Los palenques y Benkos: Mito y realidad para pensar la educación

*Dolcey Romero Jaramillo**

“La historia es el saber abierto por excelencia. Siempre será posible rectificarla, completarla, aproximarnos más a la explicación de su realidad.”

Jaime Jaramillo Uribe

Recibido: septiembre 15 de 2008

Aceptado: octubre 31 de 2008

Palenques and Benkos: Myth and reality to think about education

Resumen

Este ensayo muestra los errores que se han cometido en el tratamiento histórico de los palenques; lo cual ha conllevado no sólo al sobredimensionamiento de los mismos, sino también al falseamiento del pasado para obtener beneficios en el presente.

Palabras clave: Palenques, Pueblos afro, Rochelas, Benkos, Cimarronajes.

Abstract

This essay shows the mistakes made through the historical treatment given to the palenques, which has taken not only to its overstatement, but also faking the past in order to gain benefits in the present.

Key words: Palenques, Afro people, Rochelas, Benkos, Cimarronajes.

* Profesor Universidad del Atlántico, Universidad Simón Bolívar.

Los Palenques:

Una realidad sobredimensionada

El tema de los palenques sigue siendo aún tan apasionante, que hoy como en el pasado, estos irreverentes núcleos poblacionales siguen tendiéndonos múltiples trampas. Ya no como mecanismos de defensa para evitar su destrucción, sino por el espejismo al que conducen, cuando se trata de acceder a ellos por la vía de la investigación. Por esto, algunos historiadores¹ han venido generando una interesante discusión con el propósito de mostrar las fallas que se han cometido, las conclusiones erróneas a las que se han llegado y las falsas imágenes que se han construido en este campo de la investigación.

Jacques Aprile² es el que con más intensidad se ha acercado al referido problema. En su apreciación, de pronto un poco exagerada, considera a los palenques no como hechos históricos, sino como mitos creados por los historiadores. Como asentamientos poblacionales que prosperan con más éxito en los libros que en la realidad.

En un rápido recorrido historiográfico, Aprile le sigue el rastro a lo que él denomina “la construcción del mito de los palenques”. Según su criterio, el mito se construye en menos de 25 años, a partir de 1954 con *El Palenque de San Basilio*, de Aquiles Escalante. Un estudio de caso único y excepcional como este, de acuerdo con su punto

de vista, se universalizó a tal estado que nueve años más tarde, Jaime Jaramillo Uribe, en *Ensayos de Historia Social*, citando a Escalante y sin una base sólida, amplía la cobertura geográfica de los palenques a toda la Nueva Granada y los extiende a todo el período colonial.

En 1971, Álvaro Tirado Mejía, en su introducción a la *Historia Económica de Colombia*, citando tanto a Escalante como a Jaramillo, también cae en la generalización, ya que universaliza las insurrecciones cimarronas a todo el país, pero solo muestra un ejemplo de estas. Siguiendo la misma línea, Orlando Fals Borda, apoyándose en los anteriores autores, presenta en 1975, en su libro *La Cuestión Agraria en Colombia*, un magnífico mapa de palenques, con una serie de imprecisiones en lo atinente al número de palenques y a su ubicación geográfica.

Aprile, después de las críticas anteriores, asegura que la coronación del mito se materializa en el primer tomo del *Manual de Historia de Colombia*, publicado por Colcultura en 1979. En él, Jorge Palacios Preciado, citando y superando a sus antecesores, ofrece un mapa de los palenques que se extiende desde Santa Marta hasta Popayán, o sea, que abarca a casi todo el país.

En relación a Germán Colmenares y Francisco Zuluaga, Aprile³ es del criterio que la posición de estos historiadores ha sido más circunspecta, pues cuando tratan el tema de los palenques lo

1. Nos referimos a Jacques Aprile-Gnisset, a Francisco Zuluaga, a Hermes Tovar y a María Cristina Navarrete.

2. Aprile-Gnisset, Jacques. *La ciudad colombiana. Prehispánica, de conquista e indiana*. Colcultura, 1990.

3. *Ibid.*

hacen con suma prudencia, ya que en toda su obra hacen contadas alusiones a estas poblaciones de negros huidos, basándose, como es natural, en documentos precisos.

En este sentido, Hermes Tovar Pinzón⁴ no solo nos brinda la clave para entender las ideas formuladas por Aprile sobre los palenques, sino que además nos ofrece una explicación más acabada sobre el por qué de la existencia de los palenques en la Nueva Granada, por lo menos en el siglo XVIII, no fue exitosa; no obstante que el XVII sí lo había sido.

Para Hermes Tovar, los palenques fueron la forma de vida más radical de los esclavizados, pero no la más prevaleciente por las siguientes razones:

En la marcha hacia la libertad, los esclavos asumieron que los mejores caminos estaban en los instrumentos de fuerza y de violencia.⁵ La búsqueda de la libertad construyendo sus propios espacios físicos, su propia economía, y su propio gobierno, tenía pocos márgenes de éxito. Construir economías al margen de los mercados, de la sociedad y de las luchas de otros grupos negros, conlleva al riesgo de convertirlos en simples bol-

sones de resistencia y en focos de delincuencia. Sobre todo en núcleos factibles de ser arrasados por las fuerzas coloniales, destruyendo el esfuerzo colectivo, social y político de negros libres y arrojados en lugares inhóspitos.⁶

Según nuestro criterio, uno de los motivos que ha conllevado a la construcción del mito y al sobredimensionamiento del número de palenques, sin duda ha sido la imprecisión metodológica con que se ha definido el palenque. A este hay que entenderlo como una comunidad de mujeres y hombres negros huidos, libres, autónomos, en la mayoría de los casos aislados,⁷ ilegales e irreverentes frente a la política, la cultura, la economía y finalmente frente al modelo poblacional español. Y como tales fueron el producto de las fugas colectivas e individuales de los y las esclavizadas convertidas en cimarronas y posteriormente en palenqueras.

Si no se observan y se tienen en cuenta estas características, estaremos prestos a caer en la trampa de confundir pueblos de personas afro con palenques; y como están las cosas, dada la importancia que en el presente están adquiriendo las rochelas como objetos de investigación,

4. Tovar Pinzón, Hermes. *De una chispa se forma una hoguera: esclavitud, insubordinación y liberación. Nuevas Lecturas de Historia*. No. 17, Tunja, 1992.

5. Para Hermes Tovar, los instrumentos jurídicos se materializaron en mecanismos institucionales que como la manumisión, permitieron la libertad hacia arriba. En cambio, los instrumentos de fuerza fueron el cimarronaje y los palenques, que permitieron lo que él llama la libertad desde abajo.

6. Tovar Pinzón, Hermes. *Op. cit.*, p. 30.

7. Libertad, autonomía y aislamiento son las características básicas que le asignan a estos pueblos dos los trabajos más serios sobre los Palenques. Son ellos el de Richar Price, *Las sociedades Cimarrones*. Siglo XI, 1986 y el de Roberto Arrázola, *Palenque, primer pueblo libre de América*. Ediciones Hernández, 1970. Navarrete María Cristina, *Cimarrones y palenques en el siglo X*, Universidad del Valle, 2003 VII.

terminaremos asumiéndolas como palenques y a los arrojados como palenqueros.⁸

Por otro lado, creemos que el estado actual de la producción historiográfica sobre la comunidad afrocolombiana, y en especial sobre los procesos de cimarronaje, en suma, son muy escasos, por ello es aventurado y poco saludable para el rigor de la investigación histórica, la formulación de aseveraciones, a nuestro modo de ver, apresuradas, y aún no decantadas sobre estos temas.

Mientras que en países como Cuba, Brasil y Venezuela, entre otros, estas investigaciones se iniciaron desde que el siglo XX comenzó a despuntar, en Colombia solo aparecen en 1952 con el trabajo del padre José Rafael Arboleda.⁹

Refiriéndose a la falencia de estos estudios, Francisco Zuluaga¹⁰ asegura que a pesar del atractivo del cimarronismo, es relativamente escaso su estudio en nuestro país: estos se reducen

a dos trabajos con perspectivas nacionales y a cuatro regionales.¹¹ Además del débil desarrollo historiográfico, son fácilmente detectables otras variables que explican la serie de conclusiones inexactas sobre el tema que aquí nos ocupa. Inicialmente hay que señalar la ausencia de crítica textual. Estas ausencias han determinado que algunos sociólogos y antropólogos no hayan tomado la debida distancia que se debe guardar con los cronistas y sigan utilizando el mismo aparato conceptual de aquellos.

En este contexto de la inexistencia de la crítica textual basta con que cualquier trabajo le dé la categoría de palenque a un poblado, para que de inmediato, como por arte de magia, la cobertura del mapa de los palenques colombianos se amplíe, es decir, sin ningún beneficio de inventario algunos trabajos repiten lo que ya han dicho otros, sin el análisis previo de la lógica histórica y el grado de veracidad de la información. Veamos entre varios, los casos de Tofeme, Malambo, Cintura, Uré y La Ramada.

El primer episodio de rebelión de esclavizados que ha registrado nuestra historiografía, es el que trajo como consecuencia el incendio temprano

8. Es pertinente aclarar, que no todo cimarrón fue palenquero, pues no todos los huidos asumieron al palenque como lugar terminal para esconderse. Muchos lo hicieron hacia pueblos y ciudades ya existentes. A este tipo especial de cimarrón que no se refugiaba en el palenque es denominado por Roberto Arrázola en su obra ya citada, como negro zapaco.

9. Véase los balances de Jaime Jaramillo Uribe. Los estudios afrocolombianos y afroamericanos. Balance y perspectiva. *En: Ensayos de historia social*. Bogotá: 3^{er} Mundo, 1989, T. II. Y el de Múnera, Alfonso. Balance historiográfico de la esclavitud en Colombia. *En: Historia y sociedad*. Universidad de Puerto Rico. Año III, 1990. Díaz Rafael, Historiografía de la esclavitud negra en América Latina, *En: América Negra* No. 8, 1994.

10. Zuluaga, Francisco. Cimarronismo en el suroccidente del antiguo Virreinato de la Nueva Granada. Fotocopias. Ponencia presentada al V Congreso anual de colombianistas. Cartagena. 1998.

11. En su momento, uno de los dos trabajos generales a los que se refiere Francisco Zuluaga son el de Jaime Jaramillo Uribe: Esclavos y señores en la sociedad colombiana. *En: Ensayos de historia social*, T. I. El otro es el de Antony McFarlane. Cimarrones y palenques en Colombia. Cali: Siglo XVIII. *En: Historia y espacio*, No. 14. Los de orden regional son el de Fals Borda sobre la insurgencia en el río San Jorge. Los de Aquiles Escalante, Roberto Arrázola y Nina de Friedemann sobre el palenque de San Basilio. Los de Micael Taussig sobre el sur del valle del Cauca y el de Francisco Zuluaga sobre el valle del Patía.

no de Santa Marta.¹² Gerardo Reichel-Dolmatoff, quien toma el dato de un cronista, asegura que un grupo de negros que se habían refugiado en la región de La Ramada, y que huían de la esclavitud incendiaron a Santa Marta.¹³

Ernesto Restrepo Tirado, autor de uno de los trabajos más serios y completo que se ha escrito sobre la provincia samaria, dice que en 1531 se incendió la ciudad, pero además de atribuirle estos sucesos a indios y negros que habían huido a tierras de La Ramada, también con base en documentos, considera la posibilidad de que los autores de tal incendio hubieran sido los funcionarios de la Gobernación que se habían con-fabulado para cometer este delito y asesinar al Gobernador.¹⁴

No obstante que Reichel-Dolmatoff ni Restrepo Tirado han hecho mención alguna del palenque, sino de la región de La Ramada, a partir de aquí, sociólogos y antropólogos alegremente oficializaron la existencia del gran palenque de La Ramada.

Los palenques de Tofeme y Malambo, son referenciados por Nina de Friedemann en un texto

que publicó un poco antes de morir.¹⁵ La información la obtiene de María Borrego Pla,¹⁶ quien a su vez la toma de Guillot,¹⁷ para el caso de Malambo, y de una carta enviada desde Cartagena al rey en 1545 por el licenciado Miguel Díaz de Armendáriz, para el caso de Tofeme.¹⁸

Sobre este palenque, Nina dice: “es interesante el encuentro en 1545 de un palenque situado en las inmediaciones del pueblo de Tofeme, en el partido de Tolú y que según documentación existía desde 1525.¹⁹ Decir que desde esa fecha ya existía un palenque en la provincia de Cartagena, es asegurar, en otras palabras, que en dicha provincia existían personas esclavizadas antes de la llegada de Pedro de Heredia, que según lo que sabemos hasta hoy, fue el primero en introducir esclavos y esclavas afro a Cartagena a partir de 1533. Para saldar tamaño absurdo, Nina, apoyándose en María Borrego Plá, supone que estos cimarrones de Tofeme provenían de Panamá y de Tierra Firme, instalándose en el partido de Tolú, antes de la fundación de Cartagena.²⁰

En lo que tiene que ver con el palenque de Malambo,²¹ creemos que hay la necesidad de

12. Tal es el estado de confusión sobre este hecho, que cada autor maneja una fecha diferente: Me permito señalar tres, entre otras: Ernesto Restrepo, en su *Historia de la Provincia de Santa Marta*, dice que fue en 1531. Para Ildefonso Gutiérrez Azopardo, en *Historia del negro en Colombia*, el incendio fue en 1545. Nina de Friedemann citando al historiador James King, asegura que Santa Marta fue quemada hasta sus cimientos por esclavos africanos que se rebelaron en 1529. El negro y su contribución a la cultura colombiana. *En: Divulgaciones Etnológicas* No. 1. Universidad del Atlántico.
13. Reichel-Dolmatoff, Gerardo. *Datos históricos culturales sobre tribus de la antigua Gobernación de Santa Marta*, 1951, p. 35.
14. Restrepo Tirado, Ernesto. *Historia de la Provincia de Santa Marta*. Colcultura.

15. De Friedemann, Nina. *La saga del negro en Colombia*. Bogotá: Universidad Pontificia Javeriana, 1993. pp. 37 y 40.
16. Borrego Plá, María del Carmen. *Cartagena de Indias en el siglo XVI*. Sevilla, 1983, p. 431.
17. Guillot. *Negros rebeldes, negros cimarrones*. Montevideo: Toriña. 1961.
18. Borrego Plá. *Op. cit.*, p. 431.
19. De Friedemann. *Op. cit.*, p. 37.
20. *Ibid.*, p. 38.
21. De acuerdo con la historia de María Borrego Plá, en su texto ya referenciado en este trabajo, después de haber resuelto el problema de los cimarrones de Tofeme al debelarse este palenque en 1545, el problema rebrotaría en 1570 cuando los cimarrones reaparecen en la ruta del Magdalena. Según la misma historiadora, el punto más amenazado de esta ruta era la barranca de Malambo. Diez años más tarde, este palenque fue debelado con la complicidad de la jefe de dicho palenque, la negra Polonia.

profundizar más en la consecución de bases factuales que permitan con mejor conocimiento de causa, hacer tal aseveración, sobre todo en lo referente a su ubicación geográfica.

¿Será que dicho palenque estuvo situado en el actual Malambo?, que de acuerdo al conocimiento que tenemos de él en la actualidad, fue un pueblo eminentemente indígena, o ¿será que se están refiriendo al desaparecido pueblo de Malambito?²²

Para evitarnos estos problemas de localización y ubicación geográfica, tendremos que apertrecharnos de la geografía histórica y no caer en los errores que con frecuencia se observan, como es el caso, para citar un solo ejemplo, de la ubicación que hace Orlando Fals Borda del palenque de Tabacal en el lugar donde siempre ha existido Sabanalarga.²³

De las trampas actuales tendidas por los palenques, tampoco pudo escapar Fals Borda, quien en algunos casos le asigna el carácter de palenque a pueblos afros y en otros le da la ca-

tegoría de palenques a núcleos poblacionales que cabrían mejor en el ámbito de las rochelas más que en la de palenques, como es el caso de Cintura. Luis Striffler,²⁴ autor en el que se apoya Fals para completar su mapa sobre poblamiento negro de la Costa Atlántica²⁵ y de quien toma el dato sobre Cintura y Uré, en su obra sobre *El río San Jorge*,²⁶ se refiere a los pretendidos palenques en los siguientes términos: “En el Estado de Bolívar hay un lugarcito llamado Cintura que el lenguaje oficial de sus gobernantes no quieren admitir en su vocabulario. Las autoridades de Ayapel no ignoran que Cintura está bajo su jurisdicción, pero nadie lo pone por escrito. ¿Qué es Cintura? Es una colonia de criminales que han concurrido de todas partes.

Aunque esta es la visión un poco estereotipada de un europeo sobre nuestra realidad decimonónica, lo cierto es que recientes investigaciones demuestran que esas economías como la de Cintura, al margen de los mercados, de la sociedad y de las luchas de otros grupos al margen de la ley, corrían el riesgo de convertirse en simples bolsos de resistencia y en focos de delincuentes.²⁷ No obstante que Striffler en ningún momento le da a este núcleo poblacional la categoría de palenque, ya que evidentemente no la posee, Fals

22. Según el historiador José Agustín Blanco, en su texto *Atlántico y Barranquilla en la época colonial*, pp. 30-31, en el análisis que hace sobre el censo del Partido de Tierradentro, 1777, hoy departamento del Atlántico, Malambito estuvo situado al sur de Tierradentro, cerca de donde el canal del Dique se separa del río Magdalena. En 1774 Malambito fue demolido y trasladado al pueblo del Yucal, unos 20 km más al sur. Junto con Malambito, fueron agrupados los indígenas de Hincapié, Caracolí y Catoré. Estas afirmaciones son el producto de más de 20 años en el Archivo General de Nación.

23. Véase mapa No. 4 sobre pueblos negros y palenques establecidos entre 1533-1789. En: Fals Borda, Orlando. *Capitalismo, hacienda y doblamiento de la Costa Atlántica*. Punta de Lanza, 1976, p. 32.

24. Striffler, Luis. Fue un científico e historiador francés que llegó a nuestro país en 1841 con la Comisión Científica promovido por Francia. Producto de sus correrías por nuestra Costa son sus obras *El río Sinú*, *Río Cesar* y *El río San Jorge*, este último escrito en 1880.

25. Fals Borda, Orlando. *Op. cit.*, p. 23.

26. Striffler, Luis. *El río San Jorge*. Ediciones Gobernación del Atlántico, 1994.

27. Tovar Pinzón, *Op. cit.* p. 30.

Borda lo asume como tal y lo incluye en su mapa de palenques.²⁸

En la descripción que Striffler hace de Uré, en términos generales se dedica a destacar aspectos tales como el habla de sus habitantes, la explotación aurífera, su dependencia política y comercial de Ayapel y Cáceres, la presencia de algunas personas esclavizadas y la ausencia casi absoluta de otras razas diferentes a la negra. De estas notas en la que no aparece ningún elemento determinante que permita establecer la configuración de un palenque, Fals Borda deduce lo contrario haciendo aparecer a Uré como tal.²⁹ Igual suerte ha corrido Tolú, pues hasta la fecha no sabemos en qué fuentes se han basado para deducir que fue un palenque.

Finalmente queremos señalar que siguiendo esta tendencia de asegurar sin sustentar, se hace aparecer a Santa María La Antigua del Darién como el primer palenque de Castillo de Oro.³⁰

Para frenar las ambigüedades a las que nos conducen las generalizaciones, y no seguir cayendo en las trampas de la mitologización y el sobredimensionamiento de los palenques, se requiere de la puesta en marcha de serios trabajos de historia regional. La bondad de estas investigaciones de tipo regional son fácilmente

observables, por ejemplo en la obra de Roberto Arrázola,³¹ referido única y exclusivamente a la provincia de Cartagena. En ella, su autor, después de una exhausta y paciente investigación en el Archivo General de Indias de Sevilla, nos relata la guerra de los cimarrones de Cartagena y nos brinda información sobre los ocho palenques en que estos se atrincheraron durante el siglo XVII.

Para la provincia samaria, no obstante que muchos investigadores han exagerado el número de palenques, los documentos dicen otra cosa. De acuerdo con nuestra investigación,³² nos atrevemos a asegurar con ciertas prevenciones, la existencia de los siguientes “palenques”: La Ramada, ubicado cerca de Valledupar; el de Masinga, el de Guachaca y el ubicado en la Sierra Nevada. Claro está, que si a estos poblados los medimos con la debida delimitación de lo que es un palenque, el número se reduciría aún más, dada la intervención de un clérigo en el surgimiento de Guachaca.³³

Es preciso aclarar que la información que tenemos sobre estos palenques es muy débil: José Alarcón³⁴ y Antonio Julián³⁵ hacen referencia al

28. Fals Borda, Orlando. *Op. cit.*, pp. 23, 67-68.

29. *Ibid.*, p. 23.

30. Borrego Plá, María del Carmen. La conformación de una sociedad mestiza en la época de las Asturias. En: *Historia económica y social del Caribe colombiano*. Barranquilla: Uninorte, 1994, p. 61.

31. Arrázola, Roberto. *Palenque, primer pueblo libre de América*. Cartagena: Hernández, 1970.

32. Véase Romero Jaramillo, Dolcecy. *La esclavitud en la provincia de Santa Marta 1791-1851*. Tesis de Maestría Universidad Nacional, 1994.

33. Mena García, María del Carmen. *Santa Marta durante la guerra de sucesión*. Sevilla, 1982, p. 7.

34. Alarcón, José. *Compendio de Historia del departamento del Magdalena*, sI: El Voto Nacional, 1963, p. 55.

35. Julián, Antonio. *La perla de América. Provincia de Santa Marta*. Imprenta de F. Thunot. V. C. París, 1834, p. 13.

palenque de la Sierra Nevada, pero no se sabe en qué sitio de la gigantesca Sierra estuvo situado, cómo fue su estructura, cuáles sus dirigentes, etc. Igual suerte histórica corrió el del Valle de Upar, citado también por José Alarcón³⁶ y el cual, de acuerdo con el mismo autor, se convirtió en uno de los motivos que desembocaron en la fundación de Valledupar en 1550.

En los actuales momentos, sin lugar a dudas, María Cristina Navarrete ha completado el espectro de los palenques o de los reductos de cimarrones en el Caribe colombiano. Producto de sus nuevas investigaciones, han surgido nuevos palenques en la otra banda del Magdalena, es decir en la provincia de Santa Marta: Tapia, Guaimaral, Ganbanga y La Magdalena.³⁷

Regresando al interrogante sobre si los palenques son un mito o una realidad histórica, lógicamente tendremos que aseverar que son una realidad histórica debidamente comprobada que algunos han mitologizado y sobredimensionado. Una realidad histórica con ciertos atenuantes y no en el número y proporción exagerada como alegremente nos los han presentado.

Finalmente queremos decir que la justa reclamación de los derechos de la comunidad negra nacional en el presente, no nos puede conducir a distorsionar el pasado, así nos asista la más noble de las intenciones en pro de aquellos a los que históricamente se les ha negado todo.

Tenemos la sospecha que en esta trampa ha caído Nina de Friedemann, cuando en la periodización que hace del surgimiento y la existencia de los palenques colombianos, aún a finales del siglo XX, sigue registrando la presencia de palenques, que como todos sabemos desaparecieron en nuestro país desde los inicios del siglo XVIII.³⁸

En esta misma dirección algunos “dirigentes” de San Basilio de Palenque se adhieren a las falsedades del pasado para obtener reconocimientos y beneficios en el presente. Ilusamente no solo se han autoproclamado descendientes directos de Benkos, sino que además le asignan la responsabilidad, a Benkos, de haber fundado a San Basilio de Palenque.

Benkos, como demostraremos más adelante, murió sin haber trascendido el contexto geográfico que rodeaba a La Matuna. Es preciso que poco a poco la investigación histórica ha ido mostrando la dinámica de otros palenques y otros dirigentes cimarrones tan importantes como el de San Basilio y Benkos. Tal es el caso de Matudere o Tabacal y su líder Domingo Padilla en el actual departamento del Atlántico.

Benkos y el Palenque de San Basilio

Al despuntar el siglo XVII, los cartagenos de la época fueron testigos de uno de los eventos más importantes de la lucha de los cimarrones

36. Alarcón, *Op. cit.*, p. 55.

37. Navarrete, María Cristina, *Op. cit.*, p. 73.

38. Friedemann, Nina. *Op. cit.*, p. 71.

en nuestro país: la aparición del palenque de La Matuna en el año de 1600. Situado entre charcos y caños de agua de la Ciénaga de La Matuna de la cual obtuvo su nombre, este palenque solo estaba a 20 leguas de distancia de la ciudad de Cartagena. El que lideró el proceso de gestión, aparición y consolidación del palenque de La Matuna fue Domingo Biho –personaje que muchos identifican con Benkos Bihó– que hacía años se había escapado de una de las galeras ancladas en el puerto cartagenero.

Durante los 20 años de existencia del palenque de La Matuna fue tal su beligerancia y su capacidad de negociación, que obtuvo el reconocimiento por parte de las autoridades españolas apostadas en Cartagena, lo que se tradujo en el cumplimiento de las prohibiciones de Bihó de no dejar penetrar a ningún español armado a palenque. En esta misma línea del reconocimiento de La Matuna, las estancias vecinas a él debían hacer “regalos” al palenque para mantenerse a salvo de sus ataques. Además estos palenqueros tenían la franquicia para entrar armados a la ciudad de Cartagena.

A partir de 1599, momento en que Domingo Bihó irrumpe como líder de los cimarrones de la provincia de Cartagena, se convierte en héroe y mártir, guerrero y gobernante, en hombre y mito. Y su nombre debe inscribirse sin lugar a dudas al lado de decenas de luchadores cimarrones que por toda América generalizaron el Cimarronaje como un movimiento de resistencia armada contra la sociedad colonial esclavista: Ganga

Zumba en el Brazil, Bayano en Panamá, Ventura Sánchez en Cuba, Cudjoe y Nanny en Jamaica, Andresote en Venezuela, Yanga en México, Nal Truner en los Estados Unidos, Desalinés, Christopher y Toussaint L’ouverture en Haití y Francisco Congo en el Perú.

Después de varias expediciones infructuosas, organizadas por el Gobernador Jerónimo de Suazo encaminadas a extirpar a La Matuna, en lo que este funcionario colonial denominó como la guerra de los cimarrones, este palenque fue finalmente debelado y su jefe Domingo Bihó ahorcado el 16 de marzo de 1621, en las puertas de la ciudad amurallada.

De acuerdo con la información que nos brinda Roberto Arrázola,³⁹ después de la muerte de Benkos aparecen en los Montes de María a partir de 1632, nuevos palenques y nuevos Bihó, familiares o descendientes directos del desaparecido Domingo o Benkos Bihó. Producto de las nuevas acciones cimarronas, aparecen varios palenques de los cuales los documentos solo señalan los de San Miguel y Arenal. En este nuevo escenario geográfico, la lucha de los cimarrones es liderada por Domingo Criollo.

Estos palenques altivos y activos durante casi todo el siglo XVII, al igual que los otros que se enclavaron en tres de los cuatro puntos cardinales de la provincia de Cartagena, se constituyeron en el mayor problema de orden público que hubo de enfrentar la Corona durante esta centuria.

39. Arrázola Roberto, *Op. cit.*, p. 138.

Los palenques de la Sierra de María fueron debelados y destruidos en 1694, o sea 62 años después del ajusticiamiento de Benkos, y a diferencia de anteriores situaciones, donde se indulgó a los negros capturados vivos, en esta ocasión hubo juicios y penas para los negros responsables de pillajes y asaltos a las haciendas. Es de aclarar que la semidestrucción de los palenques de la Sierra de María estuvo mediada por diferentes encuentros bélicos y por una propuesta de paz de Domingo Criollo inadmitida por las autoridades, pues de haberla aceptado, hubiera sentado no solo un mal ejemplo para los otros hombres negros sino que hubiera levantado el grito y la protesta de los dueños de esclavos. Esta se sintetizaba en la solicitud de los palenqueros de rendirle obediencia a las autoridades de Cartagena a cambio de obtener la libertad y un territorio donde ubicar a las gentes de los palenques.

Paralelamente a la semidestrucción de los palenques de María se emprendía la debelación de otros ubicados en diferentes sitios de la Provincia, principalmente los ubicados en el Partido de Tierradentro, nos referimos a los de Betancur y Matuderé, fundado por Domingo Padilla en el sitio en donde actualmente está Santa Cruz en el departamento del Atlántico.

Dado que los palenques de María no fueron exterminados totalmente y en especial el de San Miguel, comandado por Domingo Criollo del que ya nos referimos anteriormente, el palenque de San Miguel obtuvo el reconocimiento de las autoridades españolas a través de un convenio celebrado el 25 de diciembre de 1713 en el cual

servió como mediador fray Antonio María Cassiani. Todo esto se daba en medio de la imposibilidad de poder reducir a los cimarrones de la Sierra de María. “Así, todos los negros criollos y de otras castas fueron recogidos debajo de una campana de un paraje o sitio donde han de vivir y labrar, en tierras libres, sin perjuicio de terceros, fueron censados en padrón fiel y legal para no permitir que en su pueblo se avecinaran esclavos fugitivos, español alguno, ni mulato ni otra gente”.⁴⁰ Tenían un hombre blanco para que los gobernara en lo civil, pero en lo político y lo económico tenían sus propios capitanes y justicia nombrados por ellos anualmente y ratificados por el Gobernador de la provincia.

Con este tratado los persistentes palenqueros sobrevivientes de la Sierra de María y sobre todo los de San Miguel, después de los ataques de los españoles, son ubicados en un nuevo lugar y legitimado como sitio o feligresía de San Basilio de Palenque, esto sucedía 92 años después de la desaparición de Benkos Bihó, y en este sentido el palenque dejaba de ser palenque para convertirse en parroquia.

De lo anterior se deduce que cuando San Basilio de Palenque aparece, producto de la concertación entre el gobierno de Cartagena, cuyo vocero fue el citado fray Antonio María Cassiani (de allí que la abundante presencia de este apellido en el actual palenque) y el conjunto de los cimarrones de los numerosos palenques espar-

40. *Ibidem*, p. 148.

cidos por las Serranías de María,⁴¹ ya Domingo o Benkos Bihó, hacía más de 90 años que el gobierno español lo había ajusticiado.

Si se requiere de un fundador, en este caso sería indirectamente Domingo Criollo, jefe del palenque de San Miguel, fue él, el que negoció con el Obispo Cassiani la nuclearización de los palenques y cimarrones de la Sierra de María, en solo núcleo poblacional al que le dieron el nombre de San Basilio.

Esto no desmerita en ningún sentido, la importancia que Domingo o Benkos Bihó tiene no solo como héroe y mártir de las luchas populares de nuestro país, sino también como símbolo de la lucha que actualmente libra la comunidad afrocolombiana por una vida digna.

La vinculación de Benkos, a la fundación y existencia del actual San Basilio, ha sido producto de la leyenda contada por primera vez a comienzos del siglo XX por Camilo Delgado en el periódico *El Porvenir* de Cartagena. El doctor Arcos, seudónimo que utilizó Camilo Delgado, construyó su leyenda a partir de los testimonios de tradición oral que le aportaron algunos ancianos cartageneros en la segunda década del siglo señalado anteriormente.

En esta leyenda, no solo aparece Benkos, sino también su esposa Wiwa y sus hijos Sando

y Orika. A esta última, y para que la leyenda resultara más interesante, la enredan en una trama amorosa con un noble blanco, hijo del Gobernador de Cartagena, trama que finalmente conduciría a Orika a la muerte, bajo la sindicación de traidora del palenque por haber liberado a su novio blanco, que había sido capturado por los cimarrones comandados por el Rey Benkos, en una de las incursiones militares dirigidas a destruir el palenque. Nina de Friedemann considera que es Aquiles Escalante el que viste con ropaje científico la leyenda de Arcos, y la presenta como un hecho histórico del negro en Colombia, dentro de una monografía sobre el palenque de San Basilio.⁴²

La misma autora en mención, asegura seguidamente en el mismo texto citado anteriormente que, “a partir de 1954 la leyenda de Arcos, a causa del escrito de Escalante, empieza a aparecer como historia en referencias bibliográficas científicas. La leyenda recorre este rumbo insólito hasta 1970 cuando Roberto Arrázola, un miembro de la Academia de Historia de Cartagena, publica su recopilación de documentos históricos procedentes del Archivo General de Indias en Sevilla, con el nombre de *Palenque: primer pueblo libre de América*. El libro de Arrázola trazó unas sendas que permiten dilucidar con veracidad científica la historia social y cultural de muchos de los negros que plantaron las raíces de la cultura negra en el litoral Caribe de Colombia”⁴³.

41. Nos referimos a: Limón, Polín, Sanaguare, San Miguel, Arenal, Duanga, María Angola, Joyanca, Sanagual, Manuel Mula y Arroyo Piñuela. Ver: Navarrete María Cristina, *Op. cit.*, p. 121.

42. De Friedemann, Nina. *Ma Ngombe*. Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1987, p. 47.

43. *Ibidem*, p. 47.